

EDITORIAL

¿QUIÉN TEME A LAS DROGAS?

Dr. José A. García del Castillo

Director del INID

Nadie puede poner en tela de juicio los años que llevamos intentando sacar los pies del plato y poder merendarnos de un solo bocado el gran pastel del éxito en materia de drogodependencias. En los últimos veinticinco años se ha trabajado muy duro por intentar conseguir un ápice de esperanza en la labor más complicada, hacer buena prevención, y que nuestros jóvenes no comiencen a consumir sustancias adictivas de ningún tipo. Sería irresponsable e inocente, así como poco serio, pensar que la prevención se consigue en un abrir y cerrar de ojos, si fuera de esta forma habríamos encontrado la piedra filosofal de la salud y estaríamos celebrándolo bebiendo zumos de frutas y comiendo ambrosías. Tenemos que ser considerados con los trabajos realizados y sabedores de que los frutos de la prevención se recogen siempre a largo plazo, independientemente del ámbito que estemos tratando, aunque cuando entra en juego el comportamiento humano en toda su extensión, los tiempos se acrecientan considerablemente.

Los datos que se barajan en la última encuesta de población sobre el consumo de drogas, nos ponen cara de optimistas, porque por primera vez después de muchos años hemos conseguido doblegar la tendencia alcista por la bajista, aunque hay que subrayar que algunas comunidades, entre otras la valenciana, ya contaba con esta inclinación a la baja en determinadas sustancias relevantes. Creo que es de justicia recalcar que los éxitos no se le pueden atribuir a nadie en concreto, sino al conjunto de la sociedad española, a las fuerzas de seguridad del Estado y a los especialistas que con ahínco y tesón, sin desfallecer ante las contrariedades de nuevas políticas de drogas, falta de medios y personal, escasez de muchos recursos y otros males sin determinar, siguen realizando su labor de forma incansable y con pleno convencimiento de que antes o después será positiva. También sería injusto no reconocer la renovada energía de las familias, que van tomando la batuta de la educación de los hijos, con algo de temor cuando se trata de abordar el tema de las drogas en casa, pero con fuerzas modélicas por aprender y transmitir con el ejemplo.

Uno de los principios básicos, cuando hablamos de adicciones a sustancias, es la perseverancia. Es digno de elogio y reconocimiento que aquellos que se dedican de lleno a hacer prevención continúen en ello a pesar de no ver resultados a corto plazo que los alienten en su trabajo, como sucede en otros campos. Año tras año se construyen estrategias para convencer y persuadir a la población más proclive a consumir, que determinados comportamientos de uso y abuso de sustancias, acarrear un riesgo superlativo para la salud. Hay que ser conscientes de que un preadolescente o un adolescente se siente todopoderoso, porque cuenta con el potencial de ser joven y con la creencia de que pase lo que pase, y por muy mal que se le pinte a priori, no le ocurrirá a él, sino a los demás. Contrarrestar ese tipo de convencimientos pasa por construir desde la base, un procedimiento argumental y formati-

vo que toca absolutamente todas las estructuras sociales, desde la escuela hasta la comunidad de referencia, pasando, por supuesto, por la institución familiar, pilar fundamental de todo proceso formativo y educacional.

Insuflar miedo por doquier es una de las técnicas más utilizadas, aun a sabiendas de que los que reciben esas dosis de miedo, no son los mejores receptores, por esa creencia suprema de que están protegidos por un halo mágico o un escudo que repele las agresiones y consigue un equilibrio perfecto entre los abusos cometidos y las rutinas de la vida cotidiana. A pesar de ello, se sigue insistiendo con este método, ayudándose de otros parámetros más sofisticados de persuasión, que a la larga consiguen asentar en los jóvenes un sentimiento de temor, aunque sea incipiente, a la hora de acercarse a las sustancias.

El temor por convertirse en un adicto a las drogas empieza a ser universal, pero sin ninguna duda, es un baluarte que se configura con la edad. El conservadurismo en la salud se amplifica en la medida que se cumplen años, y por ello los adultos están mucho más protegidos que los jóvenes, haciendo de correa de transmisión, dentro de sus posibilidades, hacia las nuevas generaciones. En alguna medida todos estamos aprendiendo a ser temerosos del consumo de drogas, porque la percepción del riesgo que corremos al hacerlo es cada vez más alta y se convierte en la base primaria de una buena prevención.